

EL PLAN



Créame, soy distinto a los demás: los que no tienen plan, los que no tienen cabeza, los dirigidos desde fuera que pasan todos los días junto a mí, junto a usted, junto a cada uno de nosotros.

También podría plantearse del siguiente modo: la mayoría de las personas se dejan arrastrar por la vida como medusas por el mar Mediterráneo, y se quedan enganchadas en algún sitio, en alguien, dependiendo de la corriente.

El resultado de estos encuentros son parejas con vidas paralelas. Secretos. Mentiras. Maquillaje de la realidad. Autoengaño. Engaño. Nuevo comienzo. Monogamia en serie. Y, finalmente, bla-bla-bla y aplatanamiento.

Todo esto ya no es para mí. Que lo hagan los demás.

Yo he encontrado un sistema de vida mejor.

Un plan maestro a prueba de bombas.

Voy a follarme el abecedario entero.

Y cuando haya acabado, toda mi historia, al menos eso espero, tendrá un poco más de sentido. Tendrá una cronología, si usted prefiere expresarlo así.

¿Le escandaliza? Seguro que usted ya ha oído historias mucho peores.

Por supuesto, las letras de las chicas de la época anterior, antes de que yo siguiera este plan seria y escrupulosamente, es decir, las chicas de hasta hace cinco años, también cuentan.

Antes del plan hubo W, N, una P.

J.

T.

R, incluso dos veces.

Y cuatro Ces, lo que en vista del plan maestro puede parecer poco inteligente.

En fin, algo así ya no volverá a sucederme.

Una Y, de cuya conquista, por el contrario, me sigo alegrando hoy, porque conseguir una Y no es nada fácil; ocurrió de manera fortuita mucho antes del plan, durante una excursión del colegio.

Hubo muchas, muchas, cuyo nombre nunca llegué a saber; y algunas, cuyo nombre olvidé enseguida.

Usted estará pensando que sólo soy un perturbado más.

Pero espere: se equivoca. Yo no soy así. El motivo de mi plan es que me falta una historia. Y sin una historia no existimos. Ninguno de nosotros. “Eres lo que sabes”, como bien dice el eslogan de la CNN, en mi opinión, el único canal de televisión con derecho a emitir.

Bien: ¿por qué me falta mi historia? Se trata más bien de una sensación y, por ello, no es fácil responder a esta pregunta, así que me remitiré a uno de los pocos puntos de apoyo de los que dispongo: mis padres. Mi padre. Mi madre. Especialmente mi madre.

Podría afirmarse que, junto a la historia de mi madre, antes no había sitio para ninguna otra.

De mi padre no sé apenas nada. En mi casa, se guardaba sobre él un fluido silencio.

Quién era, por qué existió en la vida de mi madre, por qué debía existir yo: ante estas preguntas recibí una única frase de mi madre para el camino: “Lo acepté porque quería hijos guapos”.

Sin embargo, averigüé algo sobre él. Es polaco, o lo era. Los ojos azules y brillantes, el cabello tupido y rubio, y sus conocimientos de alemán escasos.

Voy a intentar describir a mi madre con la distancia necesaria, sin caer en sentimentalismos de corte familiar, ¿vale?

Bien, en mi memoria mi madre es una rubia elegíaca con ojos verde mar que nunca parecían fijarse en un punto concreto.

Sin embargo, esa mirada indeterminada se malinterpretaba. Mi madre conseguía lo que quería. Por ejemplo, su bello hijo, yo. Me tuvo bastante tarde, y como provenía de

una familia rica nunca había sentido la necesidad de realizarse dedicándose a algo: yo fui desde que nací su principal proyecto.

Esta expresión conduce un poco a error, pues yo nunca tuve la sensación de desempeñar un papel importante en su vida. Por otro lado, el concepto “proyecto” expresa perfectamente lo que yo no fui para ella: una persona. Yo fui su pequeño ayudante.

Así comienza mi propia historia y, en realidad, también termina.

El hombre, que no debía convertirse en mi padre, desapareció. Seguramente regresó a Polonia. Quizá emigró a Argentina. O puede que a Ibiza.

Sinceramente, no sé si realmente era polaco, o lo es. Pero en mi imaginación he probado con muchas, muchas nacionalidades, y con Polonia algo en mi interior me decía que no andaba descaminado.

Al fin y al cabo Joseph Conrad y Frédéric Chopin también eran polacos. No, le aseguro que no me comparo con el legado artístico de Conrad o Chopin. Sería demasiado atrevido. Y tampoco es eso a lo que me refería. Comprenda que se trata de un tema difícil para mí.

Lo que quiero decir es que la belleza de sus obras, que se experimenta profundamente, debió de corresponderse con la belleza externa de mi padre. Sólo esa belleza, así me

lo explico y se lo explico a usted hoy y aquí, podría haber arrancado a mi madre durante un instante de su ensimismamiento.

En cualquier caso, con mi padre también desapareció mi propia historia. Mi cronología. También podría afirmarse que nunca existió. Al igual que él. Probablemente por eso amo las historias, las cronologías, las biografías y los sistemas. Y por eso mi sistema, desde el principio me pareció que era tan... perfecto.

Quizás antes lo haya expresado de una manera demasiado vulgar: nunca me fui con ellas simplemente a la cama y ya está. Eso habría sido antisocial. Siempre intentaba averiguar lo máximo posible sobre cada chica.

Pero antes de que la situación con ellas se volviera incómoda, agradable o cariñosa, y tan pronto como me apoderaba de sus historias, dejaban de interesarme por completo sus creadoras.

Ellas mismas se convertían en historia.

Y la historia siempre debe proseguir su curso.

Es posible que usted piense que soy una persona fría, ¿verdad? Pero, por favor, eso en realidad ya puede ir olvidándolo, sería un análisis precipitado. Escúcheme: incluso me atrevería a decir que soy una persona extremadamente sensible.

¿Y luego qué?, pregunta usted ahora, ¿qué pasará entonces, cuando haya completado el abecedario?

Muy sencillo: entonces mi proyecto habrá concluido. Desde el punto de vista estadístico, el resultado debería ser algo así como una buena historia media. En cuyo centro estaría yo.

Entonces, pienso, entonces al fin seré libre.

Libre del orgullo, del vacío y del miedo a aterrizar de una manera brusca, si me permite que lo formule ante usted en esta ocasión de un modo tan irreflexivo.

Todo según mi plan alfabético, como es lógico. También desde el punto de vista puramente estadístico habrá sucedido todo lo que puede suceder.

Con el amor, en eso le doy la razón, no tiene esto mucho que ver. Pero ¿acaso debería?

Con el amor lo que ocurre es lo siguiente: uno ha recibido una gran vasija llena de él. Si le soy sincero, a mí mismo me cuesta creer lo que acabo de decir, así que, por favor, ahora no me pregunte de qué vasija se trata exactamente, qué forma presenta ni nada parecido, pues de lo contrario caeríamos enseguida en un plano de conversación terapéutica hippy, y eso no me gusta nada. En cualquier caso, uno entrega la vasija a otra persona, se la confía a alguien, y después se la devuelven a uno, mejor dicho, se la tiran a la cabeza.

Y ¿entonces? ¿Qué hacemos con ella? Lo mismo, nos deshacemos de ella rápidamente: la vasija hay que dejarla en algún sitio. Y uno se la entrega a la primera que parece mejor que las demás, y uno se da cuenta de ello cuando ya

es demasiado tarde, y entonces la vuelve a coger y quiere deshacerse de ella... y así, una y otra vez.

Una vez estuve a punto de enamorarme.

Pero eso, por otro lado, queda tan lejos que apenas me acuerdo. Ni de lo bueno ni de lo malo. Quizá suene exagerado, pero hubo épocas en las que envidiaba a otros por sus penas de amor.

Sin embargo, nunca nada fue más fuerte que el miedo a encontrarme con alguien, con una, que realmente me gustara. Y que fuera más dura que yo. Simplemente porque sabía que entonces habría llegado mi turno. Y probablemente no sería capaz de salir sano y salvo del asunto.

Al mismo tiempo tenía un miedo igual de grande a no encontrarme jamás con alguien así, con una así.

O digámoslo de esta manera: había perdido la esperanza de que yo pudiera amar a una más que ella a mí.

Una vida así, ¿no le resulta increíblemente agotadora a usted también? En fin, a mí la mía me parece más sencilla. Hermosamente dividida en letras, de las que se compone toda historia.

Y ésa es la que quiero contarle, mejor dicho, debo contarle. Mi necesidad de comunicación, por primera vez en mi vida y quizá única, es grande. Usted me odiará de todos modos, si es que no me odia ya. Bien, comencemos. Terminemos con esto cuanto antes. En cualquier caso, esta noche no puedo dormir. Me duele todo. Y usted no tiene otra cosa que hacer, ¿verdad?

Alguien como Thomas Mann, llegado este momento, en mi lugar arrancaría con una larga introducción sobre el concepto de “tiempo”. Pero el interés fundamental de Thomas Mann no eran las mujeres, como es mi caso.

Y por eso voy a hacerlo de otra manera y voy a comenzar con las mujeres, y la introducción la dejo para más tarde. No hace falta que me lo recuerde.

B



Quiero comenzar con aquella tarde, un viernes, en la que me encontraba aquí en Múnich en un vagón de metro de la línea 8, ante la luna sucia de una ventanilla, mientras hacía balance. Aún me faltaban seis letras. Sencillamente era maravilloso.

Me había subido al metro en la estación de Hallbergmoos. Allí se encuentra la oficina en la que trabajo como uno de los ciento cincuenta y siete empleados de Amazon.de, la empresa de venta de libros por internet. Soy redactor online *freelance* en la sección de libros especializados y escribo reseñas, críticas y resúmenes.

Un trabajo bonito. Un trabajo con espíritu, idealismo, futuro y sin cinismo. En mi opinión, no somos tan malos como los empleados de las empresas de la *new economy* que se ubicaban cerca de nosotros en Hallbergmoos. Ésos no dejaban un sitio libre para aparcar con sus Jaguars y sus BMW, y a mediodía siempre comían patatas doradas al estilo suizo con salmón ahumado en el lujoso hotel Mövenpick de enfrente.

La empresa Amazon, una sociedad anónima, atiende a mansos optimistas de la cultura; a personas que no tienen que ostentar su sed de saber necesariamente en las librerías; y a las que viven en el campo.

Pertenece a tipos con tanto *glamour* como el príncipe millonario saudí Alwaleed Bin Talal.

Yo estaba contento. De todos modos, el trabajo no ha sido nunca para mí determinante en la búsqueda de identidad. Me resulta extraño que mucha gente piense de manera completamente distinta y que esté convencida de que debe encontrar un trabajo o una relación en la que pueda desarrollar su ser.

A esa equivocación también se debe que vivamos en una sociedad compuesta por personas que van de un lado a otro, y en un determinado momento dejan a alguien para irse con otra pareja, que, sin embargo, tampoco será la persona adecuada. Siempre y en todo momento, con la disculpa de que no han logrado todavía el desarrollo personal verdadero, libre y adecuado a su forma de ser.

Y finalmente, estas personas se cansan y se quedan quietas en cualquier sitio y con cualquier persona, y entonces dicen que “han llegado”. Después se mueren. Para mí, no lo quiero. Yo no.

Sólo faltaban dos estaciones para llegar al aeropuerto, donde a las 19:30 subiría con mi equipaje de mano a un avión de la compañía Lufthansa, en el que, dado que el agua me

resulta aburrida y el alcohol no me gusta si al mismo tiempo no se puede fumar, bebería en un vaso de plástico uno de esos repugnantes zumos de naranja que luego siempre dejan picor de garganta. Esperaba aterrizar a las 20:45 en el aeropuerto de Tegel en Berlín, donde B estaría esperándome, pues allí le había dicho que fuera aquella misma mañana por teléfono, algo que, lógicamente para guardar las apariencias, ella había aceptado al principio un poco de mala gana.

Sin embargo, con toda seguridad estaría nerviosa por la idea de volver a verme. Al fin y al cabo, hacía cinco días que no me ponía en contacto con ella.

Incluso para alguien que se muestra tan independiente e indiferente como B, cinco días sin noticias es demasiado tiempo. Sobre todo, después de una fase en la que por teléfono la había tratado con una dulzura indescriptible, es decir, como un idiota romántico y enamorado, por lo que B se sentía ya casi fuera de peligro.

Mi silencio final, de eso estaba seguro, había dado a B el último empujón decisivo en la dirección correcta.

Normalmente no permanecía tanto tiempo con una letra. Pero la relación con B era distinta de algún modo. B estaba tan increíblemente convencida de sí misma que, sin darme cuenta, quizá quise darle una lección que perdurara; eso sí, por su propio bien, de eso sigo estando seguro.

B era una niña consentida. Y detesto a las personas consentidas más que cualquier otra cosa, porque son antisociales

y vanidosas y no sorprenden ni pizca. No se interesan por nada. Creen que su historia es ya suficientemente interesante. Las personas vanidosas, para decirlo claramente, han elegido el camino equivocado, se han confundido, se encuentran en una situación difícil y enormemente aburrida.

Un encuentro más, el de ese fin de semana en Berlín, y la tendría en el bote, sacaría de ella todo lo que pudiera sacarse. Entonces lograría que no deseara nada con más ardor que una relación estable, conmigo.

Ese fin de semana se mostraría en su verdadera esencia, intentaría amarrarme para finalmente exigir claridad. Una situación previa perfecta para mí, para dar el giro.

¿Cuánto tiempo necesité en total para mis conocimientos, para su historia? Tres meses. Después de esos tres meses supe cómo era desde hacía veinte años y cómo sería después de otros veinte y por qué. Y por qué a mí ya entonces me aburría y me veía capaz de dejarlo en cualquier momento. Pero créame: fácil no fue.

Aún me acuerdo de nuestro primer encuentro. Fue en una fiesta en Múnich a la que me llevó a rastras un conocido, Andreas G.

Era alta, pero no demasiado alta, con gracia, quizá un poco demasiado dulce, y mediante un sonoro e impaciente comportamiento hacía todo lo posible por ocupar un espacio tres veces más grande del que le correspondía por su tamaño.

Sus ojos miraban con frescura y eran de color verde azulado con pequeños brillos dorados. Tenía las uñas comidas, la superficie casi como raspada y con restos de esmalte. Su piel estaba ligeramente bronceada y no presentaba manchas; sus dientes, por ellos siempre tuve debilidad, formaban dos blancas filas brillantes. Su peinado era el resultado del recogido de una mezcla de mechass pelirrojas, rubias y morenas; el producto accidental de varios intentos fracasados de cambio de tinte, podía uno pensar, pero si se observaba con más atención parecía más bien una imperfección estudiada.

Desde el primer momento no me creí esa falta de cuidado. Ella era absolutamente consciente de que es el descuido lo que ayuda a alcanzar la perfección en moda.

Tenía un gusto bastante malo. Demasiado llamativo. Y también un poco barato.

Aquella noche, en cualquier caso, llevaba un cuerpo de ante de color rosa cuya espalda consistía en meros cordones, uno de esos trapos baratos que venden en las tiendas de ropa de las zonas peatonales, en las que se apretujan más de mil chicas que utilizan el mismo perfume repugnante.

Además, vestía una sucia falda vaquera de color azul, que empezaba por debajo del ombligo y acababa con las caderas, para mi gusto un poco flacas, pero, a cambio, dejaba a la vista un par de excitantes rodillas delgadas. Su atuendo

también incluía un sombrero de cowboy y... Ah, dejémoslo aquí. ¿Lo ve usted? El recuerdo me resulta incluso un poco desagradable.

Aquella noche, B fue la única que realmente pareció divertirse en la fiesta. Se agitó y bailó y se balanceó con su bolso de mano, demasiado grande, hasta que no quedaron más que cerdos cincuentones de los medios de comunicación que sin duda alguna habían puesto la vista en ella.

Parecía rotundamente decidida a lograr un poco más de aplauso esa noche, y como yo, posiblemente por compasión, quería evitar que ella diera otra voltereta hacia delante en la pista de baile o algo igualmente exaltado, como suelen hacer las chicas que quieren llamar la atención a cualquier precio, en un momento determinado la saludé con la cabeza. Y después, otra vez. Y cuando finalmente dirigió su barbilla hacia mí esbozando una pregunta, le hice una señal para que se acercara. Lógicamente, se resistió un poco: la había dejado bailar demasiado tiempo.

Después se acercó a mí. “¿Nos conocemos?”, preguntó.

Se movía rápida y nerviosamente, hablaba con un volumen ligeramente elevado y con excesiva determinación y mucho de lo que decía eran frases de este tipo: “Lo que se me mete en la cabeza, lo consigo”; “eso no es para mí”, etc.

Su estado de ánimo fluctuaba de algún modo entre la euforia y el drama, algo típico en este tipo de chicas que no

logran decidir si prefieren pertenecer al grupo o destacar por sí solas, y que en su breve vida llevan ya bastante tiempo hundidas en el barro. Y por eso ahora buscan algo estable, un pequeño respiro, alguien a quien puedan marear con sus cambios anímicos.

Ella me eligió. Quizá no enseguida, en cualquier caso no en la fiesta, pero sí poco tiempo después.

Aquella noche le parecí interesante sólo porque no le prestaba atención. Y, después, porque se la presté, pero no le pedí su número de teléfono.

Durante un rato, aún disfrutó de la sensación de haber robado la mayor labia, la respiración más larga y el corazón de todos con la indiferencia e inocencia de su vida de veinteañera.

—Yo soy de las que nunca llaman —dijo después de una hora—, así que, si te has enamorado de mí, deberías pedirme ahora el número de teléfono.

Debía de parecerle una manera de hablar divertida, emancipada y eficaz, al menos yo lo juraría, y en ese mismo momento se selló de manera irreversible su triste destino. Su idea de la situación, errónea por completo, era sencillamente demasiado atractiva. Así que, para halagarla, la llamé “jovencita respondona”, anoté obedientemente su número, lo utilicé una semana después, luego otra vez, y enseguida regresó a Múnich para presentarse a un casting, y no consiguió el trabajo de modelo, moderadora y bailarina en un

programa de la tele, pero a pesar de ello se quedó, porque ya que estaba, pues no se iba. Y el resto, lo de llevarla a la cama, fue lógicamente muy fácil, como suele suceder con este tipo de chicas. Se alojaba muy cerca de mi piso, en el elegante hotel Olympic. La habitación se la pagaba su agencia que, evidentemente en mi opinión, ponía demasiadas e injustificadas esperanzas en el futuro de su carrera profesional.

Aquella noche olía a una mezcla de perfume barato y papel, un signo seguro de que había utilizado la loción corporal del hotel, que, por cierto, huele igual en todos los hoteles, se extiende con dificultad y deja en la piel una sensación pegajosa, cuando no horribles restos blanquecinos.

Seguramente ya se ha preguntado usted quién se esconde tras la B pero no voy a desvelárselo.

Hay muchos nombres de chica tontos y arrogantes que comienzan por B “Birgit”, por ejemplo, o “Beatrice”.

Precisamente por ese motivo, en mis pensamientos, siempre he preferido llamar a las chicas por la inicial de su nombre. Los nombres despistan, despiertan asociaciones erróneas, incluso recuerdos, sentimentalismos que lo llevan a uno por el camino equivocado.

En cambio, sí le voy confesar qué era lo mejor de B.

En última instancia, B era como un perrillo mal educado y consentido. Parecía que tenía muy claro cuál era su voluntad, pero seguía siempre las órdenes de la voz más grave.

Ah, claro, por si acaso no lo ha notado todavía a causa de mi situación, debe saber que lo mejor de mí es mi voz. Yo mismo la describiría como autoritaria, aunque no demasiado grave, pero también puede convertirse en un sonoro zumbido si quiero gustarle a alguien así. Sin embargo, normalmente nunca dejo que el tono de mi voz suba ni baje demasiado, aunque a veces hablo más alto y a veces más bajo. Y nunca se me quiebra: mi voz nunca me ha negado su ayuda. Como le he dicho, normalmente. De hecho, muchas veces me he sentido como un instrumento musical muy afinado.

Ahora mismo está usted pensando que estoy loco. No era esa mi intención, pero seguramente es inevitable.

Calar las intenciones de una chica como B es para mí tan fácil que casi me resulta insultante; enseguida sé también cómo es la casa de sus padres. Es cómoda y funcional, quizá decorada de una manera un poco adormecedora. Veo raquetas de tenis dejadas de cualquier modo en el repleto rincón del pasillo donde cuelgan los abrigos, veo un jardín que nunca se utiliza y un perro al que nunca se hace caso, un perro de esos no muy pequeños ni muy grandes con mucho pelo, uno de esos que salen en los anuncios de televisión, la guinda de ese feliz cuadro familiar que el vecino ve desde fuera. Huelo incluso la comida del mediodía que todos los días la madre pone puntualmente encima de la mesa de la cocina. Veo cómo una chica similar a B se aburre en la mesa mientras come, cómo se pone de morros, cómo crece lentamente y

se vuelve más bella, cómo logra desplazar a sus hermanos, acaparar toda la atención de su padre, asustar a su madre.

Veó cómo su madre debido a ese miedo le dice lo mismo que Günter Grass a su hijo literario Oskar: que no hay nada más bello y mejor en el mundo que ser siempre un niño. Y como B se da cuenta de que la engaña, sigue entendiéndose mejor con “papi”. Y entonces “mami” se pone celosa. Y de algún modo, a las chicas como B les gusta, es su pequeña venganza, y por la misma razón también es una de esas chicas que se entiende “mejor con los chicos”, una de esas que dice que con ellos hay menos problemas. Las chicas como B no se fían de las demás chicas, porque saben que ellas mismas no son de fiar.

Desprecio bastante a este tipo de chicas, porque no tienen la más ligera idea de por qué a ellas les va tan asquerosamente bien. Son partícipes del lujo de un sistema que yo llamaría cotidianidad tranquilizante.

La comida del mediodía, por cierto, en mi casa se consideraba más bien una cotidianidad inquietante. Para que se haga una idea, piense en la familia Flax de la encantadora película, aunque también totalmente prescindible, *Sirenas*, que yo vi una aburrida tarde de domingo en el cineclub de mi internado.

La madre, la señora Flax, interpretada por Cher, es una mujer demasiado excéntrica para cocinar, y a mediodía prepara brochetas con lo primero que encuentra en casa, y después les dice a sus hijos que se trata de *fondue* o de algo

similar, es decir, de algo que se puede comer a mediodía, y sus hijos lo odian porque preferirían una comida normal y corriente con pollo, guisantes y puré de patata casero. Como en las casas de sus amigos. Los niños son las personas más provincianas que uno puede encontrar.

En esa familia de cine las brochetas significaban lo mismo que el rábano picante en mi casa. Por algún motivo, mi madre aliñaba todo con rábano picante y se sentía profundamente ofendida si alguien interpretaba esa particularidad como algo distinto a un refinamiento culinario desarrollado siguiendo las directrices de la *nouvelle cuisine*.

No es que me traumatizara, pero hoy en día se me revuelve el estómago si me encuentro con el olor o el sabor del rábano picante. Y esto es algo que sucede continuamente en Múnich.

En cualquier caso, yo también odiaba la comida del mediodía en mi casa.

Pero volvamos a B. Cuando salí de la recogida de equipajes ella ya estaba en la zona de llegadas —adoro el clarísimo lenguaje de los aeropuertos—, sentada en un banco marrón.

Se había sentado tan atrás en el banco que sus pies no tocaban el suelo, las puntas de sus zapatos se miraban. Y allí sentada, hacía como si hojeara con mucho interés un periódico sensacionalista, mientras con la otra mano intentaba que un mechón de pelo dejara de molestarla y

con la tercera, cuarta y quinta mano sostenía un cigarrillo, se subía los pantalones algo caídos y desenroscaba el tapón de una botella de Coca-Cola comprada en una máquina expendedora y que sujetaba entre sus delgados y largos muslos. Todo al mismo tiempo.

Tomamos un taxi con dirección al distrito Mitte de Berlín. Su piso, para mi sorpresa, estaba agradablemente vacío, sin demasiados adornos femeninos, era casi masculinamente impersonal. Realmente agradable.

Ese fin de semana no hablamos mucho. Primero me folló ella a mí, luego la follé yo a ella, apenas comimos y bebimos mucho.

En cualquier caso, no era la primera vez.

Aquella noche en la habitación del hotel Olympic, revestida de madera al antiguo estilo inglés y pintada de amarillo, que se ubicaba en la calle Hans Sachs, ya me había percatado de que B follaba bien, asombrosamente bien. Me gustaba porque no era nada complicado, eso no quiero ocultarlo.

Sin embargo, en aquella nueva ocasión en Berlín me dio la impresión de que su manera de lanzar la ropa, las vueltas de sus ojos y su resistencia casi seguían una rutina.

Su boca, sus labios eran duros; y sus movimientos, flexibles, rápidos y regulares. Un poco demasiado regulares. Casi monótonos, como en una película cuando falta el sonido.

La vista de sus hombros delgados y desnudos era, cómo decirlo: obscena.

Me di cuenta de que la pequeña necesitaba la sensación de estar siendo grabada por una cámara. Sin la sensación de que alguien la miraba, probablemente ella no existía.

Después de comprender aquello el sábado, incluso follar con ella se convirtió, de repente, en algo infernalmente aburrido.

Poco a poco ella se fue sintiendo cada vez más insegura. Se reía, pero no iba al grano, y finalmente casi había acabado el fin de semana sin el menor punto de apoyo o la más pequeña confesión por mi parte o por su parte.

Finalmente, B se enfrentó al problema a su manera.

—Confíésalo —dijo en un momento dado—, te has enamorado de mí.

Yo me preparé interiormente.

—¿Cómo se te ocurre semejante idea?

—Simplemente, lo sé. Eso es todo. Y como tú no lo dices, pues lo digo yo.

Yo sonreí. Aquello estaba comenzando.

A la mañana siguiente, la última mañana, B me propuso que fuéramos a Schlachtensee. Así como sin darle especial importancia, relajadamente, en el mismo tono en que me había contado una vez que sufría trastornos alimenticios desde hacía cinco años. Un paseo un domingo neblinoso en el entorno de un lago a las afueras de Berlín.

—¿El lago Schlachtensee? No conmigo —dije.

—Pues entonces —dijo ella—, tendré que follarte otra vez. De algo al menos tiene que servir tu visita.

Y entonces se rió muy burlona y eso fue lo que me dio el empuje que me faltaba. De algún modo, también fue una pena. Yo había pensado que la pequeña resistiría un poco más.

Casualmente, en ese mismo segundo sonó mi móvil. Y me vino muy bien. Mi compañero de trabajo en Amazon, Erwin, quería preguntarme si iba a estar esa tarde en la oficina, porque resulta que había olvidado las llaves en casa de su novia y ésta se había ido de vacaciones a esquiar a St. Moritz...

—Escúchame bien, ricura —dije tan despacio, tan claro y tan alto como si estuviera hablando con una retrasada mental; tenía que lograr que B, que se había ido a la otra habitación, oyera todo—. No sé lo que quieres de mí. En cualquier caso, yo no quiero nada de ti. Hemos follado varias veces, eso es todo, el resto háblalo mejor con tus amigas.

Antes de que pudiera escuchar la respuesta de Erwin, corté la llamada.

“Qué se ha creído ésta”, canté yo con la melodía del estribillo de *A hard day's night*, y entonces B entró otra vez en la habitación, y mientras yo giraba la cabeza hacia ella, vi que sus pupilas se habían dilatado. No quedaba ni rastro de la alegría que brillaba antes en sus ojos.

Sonreí, tan inocentemente como pude.

—¿Algún día hablarás así de mí en casa de otra? —surró B, y probablemente quería que sus palabras sonaran como de paso; pero a mí no se me escapó el latido sobrecogido que se escondía en su tono.

—*Hey, hey, hey* —dije yo—: espiar las conversaciones ajenas es una costumbre muy, muy fea.

—Dímelo.

—¿Que te diga qué?

—Si un día también a mí...

—¡Oh, no! Si quieres problemas, ricura...

—Muy bien. y ¿qué significa querer problemas?

—Pues muchas cosas, todo el mundo lo sabe. Coger cariño. Ser simpático. Cocinar o vivir juntos, sonreír a los niños. Querer poder confiar en el otro. Hacer preguntas tontas. Exigir fidelidad. Aburrirse. Lo contrario del porno. Esto, esto que estás haciendo tú ahora, probablemente. ¿Qué tienes ahí en la mano?

B bajó la mirada hacia su mano. Llevaba atada a la muñeca una pequeña cinta de color rojo.

—Porno —dijo con cierta incredulidad—: ¿eso es todo lo que se te ocurre?

—Todo debería ser siempre pornográfico. ¿No te parece? Eso es lo más importante.

—¿A qué te refieres? ¿Lo estás diciendo en serio?

En ese momento, B se sintió realmente mal. Era demasiado ingenua para caer en la cuenta de que durante las últimas semanas me había comportado de manera bien distinta,

de que mi actitud anterior contradecía la situación de aquel momento.

No estaba acostumbrada.

Y realmente no poseía la dureza que requerían sus verdaderas intenciones.

Vi que sus ojos se habían humedecido.

—En fin, yo pensaba que tú eras un poco más relajada, que ya estabas vacunada contra estas cosas. Eso era precisamente lo que más me gustaba de ti.

Y realmente, me di cuenta en ese mismo momento, estaba diciendo de algún modo la verdad.

—¿Cómo puedes hablar así conmigo?

A pesar de todo, sabía que el final iba a ser amargo, así que quería llegar a él tan pronto como fuera posible. Y hacerlo también de la manera más banal posible.

—Ricura, no lo veas así: normalmente eres tú quién decide si hay reglas. Y si las hay, cuáles. Y ¿por qué? Porque eres una niña consentida, nada más que por eso. Seguro que fuiste la preferida de papá, ¿a que sí?

—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Tendrías que haberte fiado más de tu madre. Ella te hubiera prevenido a tiempo de hombres como yo.

—Cabrón —dijo, por fin, con un grito casi desgarrador.

Mientras tanto, sin embargo, me miraba tan herida en sus entrañas como si yo fuera algo mucho peor que un cabrón.

Sólo dije:

—Ahora estás diciendo tonterías. No me queda más remedio que decírtelo.

Ya eran las cinco y media. Hora de marcharme.

No hay nada peor que un perrito llorón, ¿a que no?

En el aeropuerto compré el periódico *Sonntagszeitung* y, para molestar a la insolente vendedora, una revista porno.

Ya de vuelta en Múnich, me sentí feliz. Feliz como siempre que regreso a la ciudad.

En realidad, algo extraño, porque de vez en cuando Múnich me pone increíblemente de los nervios.

Para alguien que ha crecido en la ciudad patricia de Hamburgo y en las montañas suizas, esta ciudad se parece a una casa polaca de muñecas del siglo XIX. Pequeña, transparente e ingenua. Las fachadas de los edificios son todas planas y coloridas, pero de un color desvaído. Algunos edificios todavía exhiben muñecas cursis que representan a María.

Por favor, no vuelva a entenderme mal: todo ese rollo en torno al catolicismo, culpa, expiación y pecado, en realidad me gusta mucho.

Incluso me encantaría creer en algo así. Como usted ya sabe, yo adoro los sistemas, como los diez mandamientos o los siete pecados capitales. A veces, para probar, incluso entro en una de las iglesias de más de cuatro siglos del centro de la ciudad, para ver si sucede algo en mí. Al menos podría entrarme una especie de sumisión. Pero entre los muchos

turistas con zapatos Tod's y gabardinas, es imposible que le entre a uno nada. Lo único que me pasa cuando me encuentro en una iglesia es que siento un ligero hormigueo en el cuero cabelludo, pero es algo que me ocurre siempre que un lugar huele a incienso. O cuando veo bodas o fiestas similares en películas como *El padrino*. O las películas familiares del director sueco Lasse Hallström, capaz de producir hormigueo en el cuero cabelludo y de apretar las glándulas lacrimales como ningún otro.

En sus películas, el padre es siempre un tipo con mal genio, pero buen corazón; la madre no habla mucho, pero sabe todo y tiene arrugas en los lugares apropiados; los hijos experimentan crisis resolubles, o se mueren, pero entonces, por suerte, siempre hay tres o cuatro más. A veces, sólo se muere un perro o un caballo. Y en Navidades... En fin, usted ya se imaginará lo que pasa en las películas de Lasse Hallström por Navidades.

Lasse Hallström, en conclusión, probablemente no sólo es genial, sino que además quiere torturar de manera intencionada a personas como yo.

En el aeropuerto me subí al metro, después cambié a la línea U3 en la estación de Marienplatz, y una estación después, llegados a Sendlinger Tor, fui más listo que el resto de los ocupados pasajeros dominicales. Me adelanté a ellos y me dirigí a los ascensores. Porque aunque es cierto que los ascensores de la estación huelen mal, son más agradables en

cualquier caso que las interminables escaleras mecánicas en las que todos se quedan parados, sencillamente parados y vegetando.

Yo prefiero la presencia de los perros grandes y de sus dueños y de las mujeres con cochecitos que normalmente pueblan estos ascensores.

Aquella noche no había nadie en el ascensor. Apreté el botón con el letrero, algo misterioso, de “entresuelo”, que en Múnich significa lo mismo que en Hamburgo “vestíbulo de la estación”. Poco antes de que se cerraran las puertas, se metió dentro alguien: alguien muy aseado, alguien rubio de verdad, con abrigo beige de graciosos botones, unos pantalones de color azul oscuro ligeramente acampanados, un pequeño bolso de mano de color beige y una sonrisa.

La envolvía un olor de hada; una mezcla de detergente y un perfume desconocido que dejaba en la nariz una sensación polvorienta. De pronto, me sentí algo así como tímido, porque realmente no contaba con ello.

En realidad, en el metro de Múnich no hay chicas de su tipo. Sólo hay esas gritonas que yo llamo chicas chicle, que huelen a laca, mastican ruidosamente su chicle, te miran descaradamente cuando se cruzan contigo, y después siguen caminando a grandes zancadas sobre las enormes suelas de sus zapatos. Ésas son peligrosas.

Las adorables y frescas chicas-hada disponen al parecer de otros caminos y de otros medios de transporte para trasladarse. Eso es lo que había creído yo hasta entonces.

Me aparté un poco, bajé la mirada rápidamente al sucio suelo rojo de PVC del ascensor, y después le dirigí una sonrisa con igual fugacidad, y ella también me sonrió, incluso sus ojos azules sonrieron. De verdad: incluso el color de sus ojos me llamó la atención. Después se giró ligeramente, yo pude ver su perfil de Caroline Bessette y un cálido escalofrío me recorrió la espalda. Me sentí muy bien y dirigí la mirada, al igual que ella, hacia las puertas del ascensor mientras se cerraban.

Apenas se habían cerrado, se compuso una imagen horrible, lo digo literalmente. Y esa imagen anticipó el final de nuestra amistad, aún no comenzada.

En la puerta del ascensor alguien había dibujado con un rotulador un pene erecto, sí, eyaculando, debo decir también. Y ese alguien, para evitar que realmente nadie pudiera malinterpretar el dibujo, había escrito encima “polla”.

Para mi pudor y mis preferencias de estilo, la denominación “polla” es el nombre más poco masculino que pueda haber. “Rabo”: vale. “Pene”: clínico y correcto, pero de algún modo perteneciente a la pubertad.

Si detesto a alguien en lo más profundo de mi ser y quiero humillarlo —y esto es algo que a veces quiero como nos pasa a todos—, entonces, pero sólo entonces, utilizo esa palabra. En mí, despierta recuerdos de repugnantes ruidos y movimientos de la infancia de los que sólo pueden disfrutar chavales de once años y pederastas. Esa palabra que empieza por P despierta en mí un sentimiento que apenas recuerdo

porque lo suprimí en los humillantes años de crecimiento hacia la edad adulta. Se llama: asco de uno mismo.

Yo sabía que ella lo había visto en el mismo momento que yo. Y ella sabía que yo lo había visto. La milésima de segundo en la que se habría podido reaccionar de algún modo había pasado. No había escapatoria.

Ya no sonreíamos.

Nos avergonzábamos.

Yo no podía apartar la mirada de la puerta de acero, ella había bajado la suya hacia una colilla que se encontraba en el rincón inferior izquierdo del ascensor.

Durante terribles segundos que parecían no querer terminar, ascendimos en aquella caja maloliente hacia el “entresuelo” y, de repente, lo juro, también ella empezó a oler mal, yo olía mal.

El principio de “chico encuentra a chica” olerá mal mientras exista la palabra polla y dibujos de pollas y todo lo relacionado con ello.

Sentí nostalgia del aire montañoso de Suiza en el verano, incluso sentí que me faltaba el aire. Cuando por fin las puertas se abrieron, la dejé atrás a grandes zancadas como uno de los tres Stooges. Hacia arriba, al distrito de Glockenbach, a casa, a casa.